

## CAPITULO LI.

Witiza.—Grave confusion que reina respecto á su reinado.—Hechos mas probables de él.—Rodrigo.

HEMOS llegado á uno de los mas oscuros períodos de la historia de nuestro país. Parece que, conforme se aproximan las grandes catástrofes, las tinieblas suceden á la anterior claridad, envolviendo el momento solemne en un caos en el cual es difícil que el historiador pueda encontrar la verdadera luz que necesita.

Lo contradictorio de las opiniones, la falta de autores coetáneos cuyos documentos pudieran prestarnos algun conocimiento seguro, hacen sumamente difícil nuestra tarea al llegar á un período tan importante.

Los mismos concilios, que hasta entonces prestaron una guía preciosa á los historiadores modernos para seguir la marcha de la sociedad gótico-hispana, faltan por completo, habiendo desaparecido las actas del celebrado en este reinado.

Solamente existen algunos sucintos apuntes, pues no de otra manera podemos calificar las reducidas crónicas escritas despues de la invasion sarracena, y sobre las que se han basado posteriormente las historias mas modernas.

Durante mas de once siglos ha sido opinion general reconocer en Witiza todos los vicios, todas las enormidades mas monstruosas, sin que hubiese una sola voz que se alzase en su defensa.

Todos los excesos, todos los delitos, todos los desórdenes mas grandes se han atribuido á aquel Monarca, sin que á nadie le haya sido posible hasta el dia descorrer por completo el velo que oculta tan deplorable reinado.

A mediados del siglo anterior dió principio la tarea de vindicar á Witiza, sobre quien los historiadores anteriores hacian pesar tan tremendo anatema; y el erudito Mayans hizo su defensa, mostrándole muy distinto de como le habian retratado los autores que del penúltimo monarca godo se ocuparon.

Y no fue porqué se hubiesen encontrado nuevos documentos que prestaran mejor luz sobre sus actos; fue, como dice muy oportunamente Lafuente, cuya opinion tenemos en mucho, «porque de distinta manera se juzga en épocas distintas unos mismos hombres y unos mismos hechos.»

Todos los historiadores convienen, no solamente en que gobernó perfectamente la Galicia en los años que su padre le tuvo asociado al trono, sino que sus primeros actos como rey fueron dignos de alabanza.

Entre estos cita Isidoro el Pacense el indulto general que concedió á todos los que fueron encarcelados ó desterrados por su padre, así como tambien la orden que dió para quemar los registros de tributos atrasados, á fin de que no pesaran sobre el pueblo aquellas cargas.

Mariana atribuye estos actos á hipocresía, con objeto sin duda de captarse las simpatías populares; mientras que Ferreras, huyendo de juzgar las intenciones primitivas del Monarca, dice á propósito de esto «que los fondos del corazon humano solo Dios los puede penetrar, y siendo los hombres capaces de mudarse de la virtud al vicio, los vicios posteriores no prueban que sean hijas de ellos las acciones primeras.»

Verdaderamente es bien extraño que quien con tan general aplauso habia gobernado una vasta provincia en vida de su padre y ejecutado nobles acciones en los primeros dias de su reinado, se tornase de repente en un monarca lascivo, avariento y cruel, como nos le pintan.

«El reinado de Witiza, dice Mariana, fue desbaratado y torpe de todas maneras, señalado principalmente en crueldad, impiedad y menoscupio de las leyes eclesiásticas.»

Su lascivia llegó á tal punto, segun los historiadores que le censuran, que no habia en sus reinos mujer segura, bien fuese noble ó bien plebeya, bien estuviera casada ó permaneciese soltera, llegando al extremo, para justificar hasta cierto punto su conducta, de dar una ley por la cual daba licencia á las personas consagradas á Dios, á los eclesiásticos, para que se casasen, á fin de halagar todas las pasiones y disculpar mejor las suyas.

Dícese tambien que sospechando que los grandes descontentos trataban de colocar en el trono á Teodofredo hijo de Requesvinto y padre de Rodrigo, le hizo sacar los ojos, no obteniendo igual suerte Rodrigo y Pelayo por haberse escapado.

Añádes que otra de sus grandes culpas fue la de haber dado licencia á los judios para regresar y establecerse en España, así como tambien aprobar en un concilio, que sin duda debió ser el décimooctavo de Toledo, su ley respecto á la poligamia, al concubinato y al matrimonio de los eclesiásticos.

Muy distinta es la opinion de Morales, que atribuyendo este concilio á los primeros tiempos de su reinado, dice, sin que podamos saber de quien está la verdad:

«En sus principios dió este Rey muestra de quererse bien gobernar y regir con religion y con prudencia su reino. Así hizo juntar luego concilio en Toledo en la iglesia de San Pedro, fuera de la ciudad, la cual señala así el Arzobispo, como en los concilios la ponen. Y añade mas la corónica general que era de monjas de san Benito. La corónica de Toledo, este mismo templo dice que es el de los otros concilios y estuvo cerca del Alcázar,

«aunque fuera de los muros, en el mismo sitio donde está ahora el hospital del cardenal Pedro Gonzalez de Mendoza.»

«En este concilio se trató de la buena gobernacion del reino, poniendo en orden muchas cosas de las que el público provecho requería, como el arzobispo D. Rodrigo refiere. Mas (segun él mismo afirma, sin dar la causa por qué), no se puso este concilio en el cuerpo y número de los otros. Tengo yo por cierto que presidió en él el arzobispo Gunderico, cuya santidad con otras grandezas suyas en general las celebra mucho nuestro D. Rodrigo, diciendo fue sucesor de Félix. En el catálogo del libro del sagrario está diverso el nombre llamándolo Guitericio: yo tengo por mas verdadero el que D. Rodrigo le pone (1).»

Pero, sobre todo, el gran cargo, la mas grave culpa de este Monarca fue la de haber negado la obediencia al papa Constantino, cuando este le mandó un legado ordenándole que se corrigiese, é invalidara los decretos que diera por ser contrarios á los cánones sagrados, y que de no hacerlo así le privaria del reino.

Aquí es donde, á nuestro juicio, y despues de haber tenido en cuenta encontrados y diversos pareceres, se encuentra la verdadera piedra de toque en este asunto.

D. Gregorio de Mayans y Ciscar, de quien ya hemos hecho mérito, no solamente le descarga del peso de tantas inculpaciones, sino que le pinta como un rey lleno de justicia y sobradamente benéfico para el país (2). Masdeu apellida «fábulas, locuras y falsedades» la mayor parte de los excesos que se le atribuyen (3); y los historiadores y críticos extranjeros de nuestro tiempo prestan alabanzas y encomios á los actos mas severamente censurados por Mariana y el Moisiacense.

Desde luego aparece algo de extraño en la desaparicion de las actas del concilio de Toledo, cuando las de los anteriores no se habian extraviado, y en que el autor de la crónica Moisiacense, extranjero, y que escribió cerca de un siglo despues de la muerte de aquel Monarca, sea el que mas terribles cargos fulminó contra él, cuando Isidoro de Beja, que tenia mas motivos para poderle juzgar, no le presenta ni tan desacertado ni tan malo como los historiadores subsiguientes.

Presumible es que para este juicio influyeran mucho las ideas y los tiempos que alcanzaron estos historiadores, tiempos é ideas en que dominando en gran manera el poder de Roma en España, habia un gran interés en achacar todos los males de aquel reinado á la desobediencia de Witiza al Pontífice y á aquel concilio, cuyas actas, tal vez con determinada intencion, se hicieron desaparecer.

Por nuestra parte, sin aceptar como buena en general la defensa del sábio Mayans, comprendemos que Witiza ha sido bastante calumniado; pero al mismo tiempo creemos tambien que su vida licenciosa y el mal ejemplo que dió á sus súbditos tuvieron gran parte en la inmensa catástrofe que le siguió.

Respecto al término de su reinado existe la misma oscuridad que sobre los acontecimientos de él; segun la crónica Moisiacense no tuvo mas duracion que la de siete años y tres meses, por lo cual debió fallecer en 709.

El Pacense dice que fue lanzado del trono por una revolucion que colocó sobre él á Rodrigo, y nos inclinamos á seguir esta opinion por ser la mas generalmente admitida por los historiadores.

Para esta revolucion debieron prestar grande cooperacion los españoles, que por ser de origen godo se les apellidaba romanos, pues no de otro modo podemos explicar las frases del citado historiador, *hortante senatu romano*.

La suerte de Witiza despues de su destronamiento nos es completamente desconocida, no pudiendo decir con certeza si pereció en el calor de la pelea defendiendo su corona, ó si, cogido por sus enemigos, le sacaron los ojos como él mandara hacer con el padre de Rodrigo, con cuya crueldad crearian no solamente castigar su conducta, si que tambien inutilizarle para lo sucesivo.

No faltan tampoco quienes aseguran que no fue Rodrigo el inmediato sucesor de Witiza, sino que entre ellos hubo otro monarca llamado *Aconsta ó Acosta*.

El fundamento de estos tales consiste tan solo en unas monedas de cobre en las cuales, y al rededor de un busto con todos los caracteres de gótico, se hallan algunas letras que unidas dicen: *Aconsta Rex*.

Los que semejante argumento aducen no han tenido en cuenta que las citadas monedas no estaban completamente marcadas, pues en las que lo están se ven, no solo uno, sino dos bustos; pero son de Irene, madre del emperador Constantino IV de Constantinopla, y que la inscripcion de alrededor entera no dice sino, *Irena Constantinus rex romanorum*.

Por lo demás, hoy está fuera de duda que el sucesor de Witiza no fue otro que Rodrigo, y si de esto hemos hablado á nuestros lectores fue tan solo en calidad de mera noticia, no por juzgarlo punto controvertible.

(1) L. XII, c. LXVII.  
(2) Mayans, *Defensa del rey Witiza*.  
(3) Masdeu, *Historia crítica de España*, t. X.



EL REY D. RODRIGO Y LA CAVA.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

## CAPITULO LII.

Elevacion de Rodrigo al trono. — Estado del país al verificarse. — Los hijos de Witiza. — Amores de Rodrigo y Florinda. — El conde D. Julian. — Causas que motivaron á los sarracenos á invadir la España.

MUERTO ó destronado Witiza, fue elevado Rodrigo al trono *furto magis quam virtute* (1), como dice Juan de Biclara, pues efectivamente parece que no se le eligió según la costumbre de los godos, sino tumultuosamente en una asamblea de *hispano-romanos*. Al llegar á esta época de nuestra historia, en que todo está envuelto entre tinieblas, pareciendo, como dice un moderno historiador, «que en la agitación de aquella crisis funesta no hubo nadie que pudiera disponer del tiempo necesario para relatar detalladamente los principales sucesos (2),» se presentan multitud de cuestiones que no pueden resolverse con la seguridad y certeza que de desear sería.

Tales son la de la conducta observada por Rodrigo en el gobierno, y particularmente la de si tuvo muchos ó pocos obstáculos que vencer durante el tiempo que empuñó el cetro, y otras no menos importantes que solo podemos explicar ateniéndonos á muy escasos datos históricos auténticos y á tradiciones llenas de fábulas que es preciso saber distinguir y separar.

Están conformes los historiadores todos, y así se desprende de los hechos posteriores, que al suceder Rodrigo á Witiza hallábase el reino presa de multitud de agitaciones y disturbios producidos por los diferentes bandos que le dividían.

No se extinguieron estos con la elevacion de aquel, antes por el contrario, aumentaron mas y mas su intransigencia; parecían estar todos en connivencia con los sarracenos para debilitar á la ya muy decaída España.

Por una parte los hijos de Witiza, Sisebuto y Ebas, y por otra su tío Oppas, metropolitano de Sevilla, eran un manantial continuo de conspiraciones y revueltas, pues deseosos de vengar á su padre los unos, y á su hermano el otro, no habia medios de que no echasen mano, ni circunstancia que no aprovecharan para promover obstáculos y enemigos á Rodrigo.

Ayudábales en gran manera la relajacion de costumbres que ya desde el reinado, no de Witiza, como indican la mayor parte de los historiadores, sino de Ervigio, venia cundiendo por todas partes y en todas las esferas.

Es cierto que en el clero no se notó de una manera visible hasta el advenimiento al trono de aquel; pero eso tambien que el origen fue anterior, como claramente lo demuestran los concilios de Toledo, en alguno de los cuales hubo necesidad de mandar á los que á él asistieran que fueran templados y modestos en sus discusiones, lo que prueba que ya los vicios opuestos, fuentes de toda demoralizacion, habian empezado á germinar entre ellos.

De todos modos, sea cual fuere el principio de la relajacion de costumbres entre los godos, es indudable que en la época de que nos ocupamos habia cundido en alto grado, y que ella facilitó á los árabes extraordinariamente la conquista de la Península.

Respecto al carácter y dotes del rey, reina la misma oscuridad que en los hechos de su reinado: unas crónicas le pintan valiente, emprendedor, acostumbrado á las fatigas, liberal y simpático é insinuante; otras le niegan estas cualidades; pero tanto las unas como las otras están conformes en que era imprudente, licencioso, y con mas memoria de las injurias de la que la caridad concede y á la paz y bienestar de sus pueblos podia convenir.

Con no mayor certeza podemos explicar sus amores con Florinda, hija del conde Julian, pues respecto á este hecho son aun mas contradictorias las noticias que tenemos, y mientras que unos le dan entero crédito, otros le niegan rotundamente, negando tambien la existencia del mismo Julian.

Nosotros, respecto á la tradicion del forzamiento de Florinda, nos atenemos á la opinion del Sr. Lafuente que dice: «que si la historia no la ha hecho evidente, la razon por lo menos la hace verosímil, y que lejos de repugnar al buen sentido como muchas que se mezclan en las historias de todos los pueblos, el hecho no habria estado en disonancia con la conducta y costumbres que la generalidad de los historiadores atribuyen á Rodrigo (3).»

Cuenta la crónica que Florinda, dama de la reina Egilona, una de las mas hermosas doncellas que en palacio habia, prendió el corazón del Rey, que pudo observarla un dia que estaba bañándose, mas de lo que conviniera á su recato y á la paz del inflamable Rodrigo, que sintió inmediatamente por ella un gran deseo, «y no era dia que no la requiriese una vez ó dos, y ella se defendia con buena razon. Empó á la cima, como el Rey no pensaba tanto como en esto, un dia en la siesta envió con un doncel por la Cava, «ella vino; y como no se dejase vencer con halagos, ni menos con amenazas ni miedos, llegó á tal su desatino, que la hizo fuerza, «con que se despenó á sí y á su reino en la perdicion.» pues escribió á su padre una carta noticiándole lo que pasaba, y este, que era gobernador de Ceuta, volvió por ella disimulando su resentimiento, y ambos tornaron á Africa, haciendo el Conde para vengarse instigaciones y promesas á los árabes para que invadieran la España y destronaran al que le habia arrebatado el honor.

Otros dicen que fué seducido por los sarracenos, quienes paga-

(1) «Por burto mas que por virtud.»  
(2) Gebhardt, t. II, p. II, c. VI.  
(3) Historia de España, t. I, l. IV, c. VIII.

ron su traicion con dinero; suponiendo otros que no fue hija sino esposa suya la que forzó el Monarca godo, no faltando algunos que niegan la existencia de uno y otra, como ya mas arriba hemos indicado.

Pero contra estos están las relaciones unánimes de los cronistas árabes, que convienen en que un conde llamado Julian les facilitó la entrada en España.

Mas difícil, ó por mejor decir imposible, es discernir entre las demás tesis cual es la verdadera.

De todos modos, es indudable que tanto los hijos de Witiza y D. Oppas, ganosos de vengarse de Rodrigo, y creyéndose con derechos al trono, á pesar de ser la corona electiva, como Julian, ó vendido ó agraviado, instaban continuamente á los ambiciosos dominadores de Africa á que extendieran su poderío por nuestra nacion.

En la *Crónica general de España* empezada por Florian de Ocampo y continuada por Ambrosio de Morales se refieren estos dos hechos de la manera siguiente: «Vejados y perseguidos Ebas y Sisebuto por Rodrigo, ganoso de vengar en ellos la muerte de su padre Teodofredo, se vieron obligados á pasar á Africa, donde se hallaba el conde de Requila, que habia sido muy adicto servidor de Witiza, con el cual fueron á juntarse, siendo de él bien recibidos. Hallábase á la sazón tambien en Africa de gobernador de Algeciras el conde Julian, y habiéndole expuesto igualmente los hijos de Witiza las quejas que del Monarca tenian, les oyó favorablemente, y uniendo á los agravios de los Infantes el que él por entonces habia recibido, determinóse vengarlos y vengarse.

Tenia este Conde una hija llamada la Cava que, como las de los principales señores del reino, era dama de la esposa del Monarca llamada Egilona, y aun algunos suponen que ella misma estuvo destinada á Rodrigo, con cuya ocasion él la sedujo y deshonró, y luego se casó con otra; pero esto no está lo suficientemente probado para que pueda sentarse por cierto; lo que sí es indudable que el Rey, segun hemos dicho mas arriba, la vió y se enamoró de ella, «y forzando su honestidad acabó de cumplir su torpe delecte, y comenzó á fundar su triste perdicion.»

Aconteció esto estando Julian en Africa con una embajada de Rodrigo, y enterado de ello á su vuelta, llenóse de dolor é ira; mas disimulando uno y otra, trató primeramente de sacar de España á su hija, para lo cual supuso que su madre se hallaba gravemente enferma y deseaba verla antes de morir. Con este pretexto logró su deseo, y la Cava fué á Málaga, donde se embarcó, saliendo por una puerta á la que dejó su nombre.

Después, y llevando la prevision hasta el extremo, como quiera que disfrutaba de la privanza del Rey, le aconsejó que enviara los mejores caballos y las armas que de tiempo de Witiza habian quedado, parte á Africa, y á la Galla la otra parte, bajo pretexto de que en tiempo de tan completa paz con los de fuera, ambas cosas solo podian servir de incentivo para promover en el interior desórdenes y disturbios; á lo cual accedió este sin tener en cuenta que, para que la paz sea duradera y estable, es necesario estar preparados para la guerra, porque sabido es que estimula á unos pueblos á acometer empresas contra los otros la desprevenion y descuido de estos.

Conseguido su doble objeto de sacar de palacio á su hija y dejar desarmado á Rodrigo, tornóse Julian á Africa, y avivado por las instancias de los Infantes, tramó con ellos la pérdida de España en un lugar cercano á Consuegra en las sierras de Darazutan, que tomó de este suceso el nombre de *Caldesiv*; lo cual en árabe significa traicion.

Asistió á semejante entrevista, y fue de gran utilidad para negociar con los árabes é incitarlos á invadir la Península, el arzobispo Oppas, hermano de Witiza y tío por consiguiente de Sisebuto y Ebas, que habia sido nombrado por aquel para la silla metropolitana de Toledo, teniendo ya la de Sevilla contra toda ley y sin dejar esta, por debilidad ó complacencia de Sendedredo que la ocupaba como sucesor de Gunderico.

Segun ven nuestros lectores, una y otra version están conformes en cuanto al fondo, y se diferencian solo en algunos accidentes.

Tambien incitaban á los árabes para que entraran en España los judíos, irritados de las humillaciones y crueldades que padecian, y la vista continua de nuestras playas añadia nuevos combustibles al fuego.

Todas estas causas reunidas dieron lugar al hecho prodigioso que habia de costar tanto tiempo y tanta sangre el deshacer; porque prodigioso es, dice Lafuente, «caer derrumbada en un solo día una monarquía de tres siglos, verse de repente invadido un gran pueblo, vencido, subyugado por extrañas gentes, que hablaban otra lengua, que traían otra religion, que vestían otro traje; venir unos hombres desconocidos, de improviso y sin anunciarse, casi sin preparacion; apoderarse de un antiguo imperio, «pelear un dia para dominar ocho siglos, desaparecer como por encanto todo lo que existia, y sorprender la muerte á una nacion «casi tan de repente como puede sorprender á un individuo (1).»

(1) Historia de España, t. I, l. IV, c. VIII.



MUERTE DEL REY DON RODRIGO.